

Crónicas de la Torre III. La llamada de los muertos

I: SAEVIN

La tormenta de nieve azotaba con fuerza el Valle de los Lobos. Dos figuras ascendían penosamente por el camino, inclinadas hacia delante, para tratar de vencer la fuerza del viento.

Cualquiera en el pueblo habría sabido que era una mala noche para andar al descubierto, pero al viajero de mayor edad eso no le importaba. Su urgencia estaba motivada por el miedo, y su terror al muchacho que caminaba junto a él era mayor que el que podía provocar en él la ventisca.

El chico, cubierto por una gruesa capa, percibía aquel miedo. El hombre lo sabía; aunque a veces habría dado cualquier cosa por saber qué rondaba por la mente del muchacho, en la mayor parte de las ocasiones decidía que era mejor seguir ignorándolo.

En cualquier caso, pronto se solucionaría todo. Estaban a punto de llegar.

Habían partido dos meses atrás; en ningún momento había dicho al chico a dónde se dirigían, y él tampoco había preguntado. A lo largo de todo el trayecto apenas había hablado, mirándole con esa extraña mirada suya, y con una leve sonrisa en los labios.

El hombre se estremeció, pero no a causa del frío. Se volvió un momento para observar al muchacho y él le devolvió una mirada inescrutable.

Siguieron su camino, hasta que el hombre se detuvo bruscamente y miró al frente, alzando el farol.

Ante él se erguía una alta verja de hierro.

–Hemos llegado –anunció secamente.

El chico despegó los labios por primera vez en muchos días.

–La Torre –murmuró.

El hombre se estremeció. ¿Cómo lo había sabido?

–Bien, pues... –empezó, indeciso–. Ya estamos aquí. Supongo que habrá una campanilla para llamar o algo por el estilo...

Alzaba el farol para buscarla cuando súbitamente se oyó un gran resoplido que parecía venir de las entrañas de la tierra. El hombre dio un salto atrás. Entonces una gran nube de humo ardiente que procedía del otro lado de la verja los envolvió. Sin poder evitar un ataque de tos, el extranjero levantó la luz en alto, intentando ver algo, y lo que vio lo dejó absolutamente aterrado.

Por encima de la verja se alzaba lentamente un enorme bulto vivo, una gigantesca cabeza unida a un largo cuello escamoso, una cabeza con cuernos y colmillos enormes, cuyo hocico aún echaba humo y que se inclinaba hacia ellos con los ojos entornados.

El forastero gritó, aterrado ante la visión de la criatura, que siguió pasando el cuello por encima de la verja hasta que sus ojos y sus fauces estuvieron prácticamente a la altura de los dos humanos. El pavor impidió moverse al más mayor, mientras que el joven permanecía impasible.

–Buenas noches, viajeros –dijo entonces el dragón, amablemente; sus ojos verdes brillaban divertidos y burlones al ver la expresión horrorizada del recién llegado–. Bienvenidos a la Torre.

–No-nosotros... –balbuceó él–. Ya-ya nos íbamos.

–No nos vamos, padre –intervino entonces el muchacho, con voz suave pero autoritaria.

El hombre se volvió hacia él, temblando violentamente. Uno no habría sabido decir qué le aterrizzaba más, si el inmenso reptil o su propio hijo.

–Ya veo –comentó el dragón–. Habéis venido a hablar con la Señora de la Torre, ¿no es así?

–S-sí.

El dragón se retiró un poco y la verja se abrió. El hombre de más edad parpadeó, confuso, porque estaba convencido de que nadie se había acercado a la cancela. Su hijo, en cambio, no parecía sorprendido en absoluto. Lo observaba todo pensativo y en calma, sin que nadie pudiese llegar a adivinar qué había tras la mirada de aquellos ojos de un color azul tan claro que parecía hielo.

–Bienvenidos –dijo entonces otra voz, una voz femenina.

De entre las sombras surgió una figura envuelta en un resplandor centelleante. El muchacho no se movió, pero su padre retrocedió unos pasos. Cuando la mujer cruzó la verja para acudir a su encuentro vieron que no había nada sobrenatural en ella, por lo menos a simple vista. El brillo que habían visto se debía a la luz reflejada en los pliegues de su túnica dorada.

La mujer les dedicó una suave sonrisa. Tenía poco más de treinta años, el pelo negro como el ala de un cuervo y unos ojos azules profundos y serenos como el mar en calma.

–Buscamos a la Señora de la Torre, la Dama del...Dragón –dijo el hombre, lanzando miradas recelosas al dragón, que se erguía impasible tras la verja.

–Yo soy la Señora de la Torre y la Dama del Dragón –dijo ella-. ¿Qué se os ofrece?

El hombre miró a su hijo y se estremeció.

–Es él –dijo, señalándolo con un dedo ligeramente tembloroso-. No lo queremos más en casa. Su lugar no está con la gente normal...

Calló de pronto, dándose cuenta de que tal vez había dicho algo inconveniente. Pero la Señora de la Torre no le prestaba atención. Observaba al muchacho con expresión pensativa.

–Ya veo... –murmuró.

–La misma historia de siempre –gruñó el dragón desde la oscuridad.

–No, vos no lo entendéis... –dijo el hombre, negando con la cabeza.

La mujer lo miró a los ojos y vio terror en ellos, pero también súplica... Volvió de nuevo su mirada hacia el muchacho.

–¿Cómo te llamas?

–Saevin –respondió su padre por él.

Hubo un largo e incómodo silencio, sólo enturbiado por el sordo rugir de la tormenta de nieve.

–Bienvenido a la Torre, Saevin –dijo ella entonces-. Te acogemos como a uno de nosotros.

El hombre dio un suspiro de alivio. El muchacho no dijo nada. Su rostro seguía siendo impenetrable.

–¿Crees que tiene aptitudes, entonces? –preguntó el dragón.

La Señora de la Torre no contestó enseguida. Se limitó a seguir contemplando el paisaje, asomada a uno de los balconillos de la primera planta de la Torre. Hacía rato que la tormenta había amainado; la nieve caía ahora mansamente sobre el Valle de los Lobos.

–No lo dudo, Kai –dijo ella entonces.

–Entonces, ¿qué te preocupa?

Ella frunció el ceño, pensativa.

–No estoy segura. Tal vez su aura. Tal vez su mirada. Tal vez el terror que provoca en su propio padre...

–Los no iniciados siempre tienen miedo de lo que no comprenden, Dana. Tú misma lo has dicho muchas veces.

La Señora de la Torre se volvió hacia el dragón. Él seguía en el jardín, pero era tan grande que su cabeza quedaba a la altura de la de ella. Ambos se miraron a los ojos. Fue una mirada intensa, que culminó en una caricia por parte de la mujer. El dragón cerró los ojos para disfrutarla.

–Pero él sabía quién era yo –prosiguió ella–. Y no me temía a mí, sino a Saevin. Resulta extraño que un chico tan joven, que además nunca ha sido instruido, pueda aterrorizar a su familia de esa forma, por mucho poder que tenga.

Kai ladeó la cabeza y estiró su largo cuello escamoso para acercarse más a ella.

–¿Recuerdas a Salamandra?

La Señora de la Torre sonrió.

–¿Cómo iba a olvidarla?

–Bien, su poder también era terrible cuando llegó aquí. ¿Recuerdas lo que estuvieron a punto de hacerle sus vecinos cuando la descubrieron, Dana? Si Fenris y Jonás no hubiesen llegado a tiempo...

–Lo sé.

–Y era apenas una chiquilla de trece años que no sabía nada acerca de sí misma.

–Eso es lo que me preocupa, Kai. –La Señora de la Torre se volvió hacia el dragón, muy seria–. Saevin lo sabe.

Era ya muy tarde cuando Jonás subió hasta los aposentos de la Señora de la Torre. Se trataba de un joven de unos veinte años, moreno y serio, y vestía una túnica de color rojo.

Era el alumno más antiguo de Dana en la Torre.

Después de subir lentamente la larguísima escalera de caracol que vertebraba el edificio, Jonás llegó por fin a su cúspide. Se detuvo en la última planta. Allí había cuatro puertas: el despacho de Dana, su laboratorio, su habitación... La cuarta puerta estaba siempre cerrada, y muy pocos sabían qué se ocultaba detrás.

Jonás lo sabía, pero ahora no estaba interesado en ella. Como había imaginado, se filtraba luz por debajo de la primera puerta, la del despacho. El joven suspiró. La Señora de la Torre llevaba años pasando muchas noches en vela, buscando en los libros el conjuro que podría devolverle la felicidad perdida...

Llamó suavemente.

No respondieron enseguida, y Jonás temió que Dana se hubiese quedado dormida sobre sus libros. Ya iba a marcharse cuando la puerta se abrió.

–Pasa, Jonás –dijo ella–. Te esperaba.

Jonás frunció el ceño, pero obedeció.

Dana había cambiado su túnica dorada por una más sencilla de color blanco, indudablemente más cómoda. Sobre su mesa había un gran número de gruesos y viejos volúmenes sacados de la biblioteca, apilados en un montón. Uno de ellos estaba abierto.

–Has venido por Saevin, ¿no es así? –preguntó ella.

Jonás respiró hondo.

–Maestra, he pasado la mitad de mi vida en la Torre. Sabes que siempre me ha gustado recibir a los nuevos alumnos. Pero esta vez...

Calló un momento, pensativo. Dana esperó, en silencio, a que continuase.

–Saevin es diferente –prosiguió Jonás–. No parece contento, ni nervioso, ni siquiera hace preguntas. Tampoco está asustado. Se comporta de un modo...

–¿Indiferente? –lo ayudó Dana.

–Sí... No, no exactamente. Es como si todo le resultase ya conocido. No le sorprende nada. Sé que podría atribuirse al hecho de que está cansado, pero... no sé, hay algo más. Me da mala espina.

–Buena percepción –murmuró Dana.

–¿Quién es, Maestra? –preguntó Jonás.

La Señora de la Torre clavó en él sus ojos azules.

–Ojalá lo supiésemos, Jonás.